

Las islas industriales.

El modelo industrial de Baleares en el contexto mediterráneo

Carles Manera

1. Pero... ¿hubo industria en las islas?

De entrada, una primera pregunta se impone, tan simple como elocuente: ¿hubo industria en Mallorca? Para muchos científicos sociales, la respuesta puede ser automática: no. Una negativa que se sustenta sobre la inexistencia en la isla de los iconos más mitológicos de las revoluciones industriales: sectores tecnológicamente avanzados que determinan la pauta del desarrollo del sector secundario de la economía, profusión de grandes fábricas, revueltas obreras más o menos constantes, empresarios reconocidos y patrimonios industriales arraigados y muy visibles. Pero esto no es convincente, no solo para Baleares, sino también para otras economías, como se verá enseguida.

En efecto, en 1970 se abrió una noción más dinámica y realista en cuanto al crecimiento industrial, fruto de las crisis que se vivían sobre todo en economías regionales europeas, de larga tradición manufacturera. Uno de los focos nació sobre todo de las experiencias analizadas en Italia y recogidas por el profesor Giacomo Beccatini, con la aplicación a comarcas italianas en declive del concepto neoclásico de distrito industrial de Alfred Marshall, que infería a su vez la aplicabilidad de una política económica presidida por la noción de gobernanza, de cooperación. Y con éxitos plausibles. En paralelo, la historia económica espoleó, a principios de la década de 1980, investigaciones específicas sobre la protoindustrialización –aquella industria antes de la industria: un concepto originario de Franklin Mendels que tenía robustas inspiraciones en los economistas clásicos– que remitían en el análisis regional de los procesos manufactureros y sus imbricaciones con los mercados exteriores. O los estudios sobre sectores no líderes –como por ejemplo la producción de relojes– de la mano de un industrialista convencido como David Landes, acérrimo defensor de la función prometeica de la industria y del poder omnímodo de la tecnología: el empujón del fuego técnico que liberaba las constricciones históricas de las economías orgánicas.

Hay que recordar que los liderazgos sectoriales de la primera revolución industrial fueron el algodón, el carbón, el vapor y el hierro; mientras que en la segunda

revolución industrial las pautas de cambios las emprendieron la siderurgia, la química, la electricidad y el motor de combustión. Jordi Nadal, en España, abrió el 1987 una vía de investigación fructífera que facilitó, después de su clásico estudio de 1975 sobre el fracaso de la revolución industrial, alternativas en la investigación en sendas direcciones: la visión regional del proceso industrializador; y, por lo tanto, la necesidad de analizar otros sectores productivos que no encajaban con las ópticas más conocidas y publicitadas sobre las revoluciones industriales. El campo de observación se amplió notablemente. Es aquí donde hay que ubicar el giro que se produce en la percepción de la historia económica de Baleares, que estaba asentada sobre tesis exclusivamente agraristas –las aportaciones de Isabel Moll y Jaume Suau eran referencias obligatorias en este sentido–. Y ese giro lo protagonizan jóvenes profesores y estudiantes avanzados, nucleados en el Grupo de Estudios de Historia Económica (GEHE) de la Universitat de les Illes Balears.

Las investigaciones de este grupo –que obtiene ya en 1987 un proyecto competitivo del Ministerio para abordar esta temática– recuperan desde perspectivas macroeconómicas una realidad manufacturera que era más relevante del que se había imaginado. Los resultados permitían cambiar la respuesta que encabeza las primeras líneas de este trabajo: la negativa ya no era tan contundente, y con todas las cautelas y prevenciones propias de un “descubrimiento” insólito, se divisaba que Mallorca –y Baleares– conocieron un proceso de industrialización propio, con rasgos particulares que, sin embargo, no lo hacían excéntrico ni retardatario en comparación con otras comarcas europeas y con el resto de las regiones españolas.

La evolución de las investigaciones enriquecía, a la vez, la desagregación subsectorial de la manufactura, de forma que se determinaba que la producción de calzado y las actividades de la piel y el cuero aportaban capitales determinantes en la conjunción del producto industrial mallorquín: tanto los datos cualitativos –informes ministeriales y de instituciones económicas isleñas– como cuantitativos –cifras de producción y de exportaciones– corroboraban estas conclusiones. La madurez de estas investigaciones es ya bastante reconocida, con una abundante bibliografía, de forma que añadir nada de nuevo es, a estas alturas, difícil. Tanto los trabajos más generalistas sobre la industria –sectores, mercados, producciones, impacto comarcal– como los más específicos y de alcance microeconómico –estudios sobre empresas, fábricas, talleres– han edificado una perspectiva robusta y solvente sobre el devenir industrial de Mallorca, hasta prácticamente el principio del siglo XXI. Los resultados científicos son importantes:

nueve tesis doctorales en Economía e historia Económica, que tan solo paso a enunciar con el año de presentación, el/la autor/a y el tema:

- 1987 Carles Manera, manufactura/comercio, Mallorca (tesis doctoral, Historia);
- [2001] Carles Manera, modelo crecimiento balear (tesis doctoral, Economía);
- 1996 Miquel J. Deyà, sobre manufactura en Mallorca;
- 1999 Joana Maria Escartín, sobre manufactura del calzado a Palma y configuración de la ciudad;
- 2001 Miquel À. Casasnovas, sobre el proceso de crecimiento económico en Menorca;
- 2002 Ramon Molina, sobre el factor trabajo y las condiciones de vida y salariales;
- 2007 Alfons Méndez, sobre las industrias vitícola y ganadera en Menorca;
- 2008 Sebastià Sansó, sobre las perlas artificiales en Manacor;
- 2013 Carol Beltrán, sobre la revisión de la vía menorquina de crecimiento.

Además, hay un número considerable de publicaciones de otros miembros del Grupo de Estudios de Historia Económica: Joan Roca (sobre Can Ribas), Antoni Penya (sobre la industria en Palma), Fernando Pujalte (sobre la fábrica Loryc y la industria energética), Aina Serrano (sobre el trabajo de las mujeres y en cuanto a la industria textil en Sóller), Pilar Pérez (sobre la formación de la clase obrera mallorquina), Pilar Gayoso (en cuanto a la coyuntura industrial durante la Guerra Civil Española), Antoni Pujol (sobre la industria de jabones en Andraitx), Josep Umbert (sobre la coyuntura durante la Primera Guerra Mundial), Andreu Bibiloni y Jerònia Pons (sobre la industria en Lloseta).

En definitiva, un conjunto sólido de aportaciones científicas que han cambiado la visión de la evolución económica de Baleares.

2. Hay obreros y hay burgueses

Mallorca patentiza una característica diferente a otras regiones: la ausencia de memoria –antes del turismo de masas– de un pensamiento económico propio elaborado y cuidadoso, de corte conservador, construido en un cuerpo teórico y doctrinario capaz de forjar una cultura política más robusta, más arraigada, con vinculaciones directas a cambios económicos objetivos. Nos encontramos con la carencia de pensadores que se podrían calificar claramente como de derechas, intelectuales más conectados con empresarios con veleidades culturales o, simplemente, vindicativas de sus propias trayectorias económicas vitales, pero con una perspectiva de cariz colectivo; es decir, el conocimiento individualizado –microeconómico– inserto en un proceso económico y social general –macroeconómico–. El empresariado de otras comunidades, junto con

integrantes de la sociedad civil –de la ciudadanía, en definitiva–, no han relegado de manera categórica el pasado económico, inmediato y lejano, en el campo de las ideas: Cataluña, Aragón, País Valenciano, Andalucía, País Vasco, Galicia, por mencionar apenas algunos ejemplos significativos, reivindican factores de identidad propios en el terreno del pensamiento, aportaciones que, para una parte importante de sus respectivas sociedades, se entienden como hilos conductores de la génesis política, cultural, social, incluso económica.

A pesar de los avatares políticos que sacuden las regiones españolas, muchas de ellas –las mencionadas son muestras– han rubricado una premisa tan simple como obvia: todo tiene un proceso histórico y somos ahora un producto que nace del que éramos. Y las trayectorias económicas son fundamentales, puesto que se proyectan en hechos políticos, sociales y culturales. Así, se puede constatar cómo la clase política, los grupos empresariales, los colectivos sociales del País Vasco o de Cataluña –de todo signo político– sustentan su realidad actual como parte de una evolución histórica, cultural y económica, que hace emerger las experiencias vividas, las enaltece, las respeta, aunque las critique. Y divulga los pensadores –de orientaciones políticas dispares– que crearon las doctrinas oportunas. El pasado no se arrincona; se reclama y se hace presencial: es el cruce que identifica, que representa, que arraiga. Resulta inexplicable oscurecer el pasado y cerrarlo a la luz: hacer del proceso un acto de presente, rompiendo todo tipo de vinculación con otras etapas que son vistas, solo, en clave nostálgica, como de una sociedad miserable que hemos perdido y que urge olvidar –en contraste con la presente–, y de la cual se subrayan, estrictamente y de forma romántica, sus elementos más agraristas, superficiales y folclóricos.

Para el caso mallorquín, se ha argumentado con bastante asiduidad la inexistencia de una burguesía, lo cual explicaría el fenómeno de carencia de solidez cultural y de respuestas políticas. Esto infiere ignorar, de forma sistemática –y ahistórica–, una parte económicamente significativa de la clase dominante isleña: la que emergió con las negociaciones comerciales, las transacciones financieras, las actividades industriales, las navieras, las gestiones agrícolas. En definitiva: el cambio económico. Las clases sociales se forman en el curso de un proceso histórico-económico que, en Baleares, tiene signos de vitalidad más que demostrados que no se circunscriben, únicamente, a las actividades agrícolas.

Son, sí, los burgueses –es decir, los profesionales, los tenderos, los industriales, los comerciantes, los transportistas, los banqueros, los médicos higienistas, los

ingenieros– los que, desde la segunda mitad del siglo XIX, contribuyen a rediseñar – junto con personajes significados de la nobleza– las redes de transporte en Mallorca, los que viajan por Europa e importan la tecnología más avanzada en campos muy específicos, los que leen los adelantos científicos más relevantes de su época y los divulgan, los que otean precozmente las posibilidades del turismo, los que invierten en nuevas empresas al rescoldo de las demandas externas, los que teorizan derribar las murallas de Palma para esponjar el crecimiento urbano, los que constituyen las primeras entidades financieras –configurando uno de los más densos y dinámicos sistemas financieros del Estado a principios del siglo XX–, los que apuestan por nuevos espacios lúdicos, los que viven en zonas concretas y diferenciadas, los que conectan las economías isleñas con el mundo. Son los burgueses.

Pero esta clase social se ignora en Baleares, a pesar de que tiene signos propios de identidad, con una cultura particular –emuladora de la vieja aristocracia, como en todo el mundo– y una adscripción política y electoral precisas. Por fortuna, las investigaciones de Antònia Morey e Isabel Peñarrubia, desde ópticas distintas, contribuyen a corregir este importante desequilibrio. Mientras en otros lugares la vindicación estaría servida –con menos trayectorias de experiencia y de éxito– y se conocería y divulgaría con creces, aquí, en Baleares, todo parece salir de la nada desde los años sesenta del siglo XX, enfatizándose un pionerismo empresarial turístico innegable, pero desproveído de las coordenadas históricas que lo hicieron posible: un “adanismo” bastante convincente.

Dicho planteamiento se ha extendido a prácticamente toda la clase política insular y a buena parte de la intelectualidad, incluso aquella que presume de “progresista”, muy crítica con los elementos más epidérmicos del caciquismo rural –un elemento que se presenta como inmutable y, por lo tanto, con nula dialéctica histórica–, pero sin considerar las decisivas transformaciones económicas que se operaron en los campos mallorquines –y, evidentemente, en el mundo urbano– entre 1850 y 1960. Es difícil mantener, atendiendo las investigaciones existentes, este autoodio económico y cultural o, tal vez, la comodidad de disponer de una interpretación atávica y tópica, de cariz social y económico –empapada por las parciales reflexiones de los viajeros modernistas, anti-industrialistas convencidos–, que puede llegar a ser útil para la derecha y para ciertos sectores de la izquierda.

Piénsese, además, que a todo lo que se acaba de decir le falta otra pieza trascendental, desde la perspectiva social: la formación, también en Baleares, de una

clase trabajadora con sus códigos particulares –prensa, cultura, pensamiento, nivel de vida, comportamiento electoral, etc.–, parecidos a los observados en otros lugares del mundo, tal como han demostrado los trabajos de Ramon Molina. Sobre este aspecto, las investigaciones llevadas a cabo por los historiadores sociales en Mallorca han sido profundas, desde la década de los años 1970 –con las aportaciones imprescindibles de Pere Gabriel, que han hecho escuela y abrieron una densa línea de investigación, seguida por nuevas generaciones de historiadores–, con contribuciones relevantes. Estas constatan la génesis de un movimiento obrero con signos claramente identificables como clase social, pero que, curiosamente, no parecía tener más opositor que los viejos linajes nobiliarios: los señores de siempre, frente a un campesinado observado sin matices ni diferenciaciones internas –cosa que sí habían destacado las investigaciones de Isabel Moll y Jaume Suau. Son los obreros, la clase trabajadora industrial.

Pero que se opacaba por la sencilla razón que se pensaba que la industria mallorquina era inexistente. Obreros sin industriales: he aquí la paradoja. Estas *clases en sí*, es decir, estas clases formadas, transmutaron igualmente en Baleares en *clases para sí*; o, dicho de otro modo, lograron la conciencia de clase: fueron conscientes de su existencia de forma colectiva, y proyectaron este hecho crucial en todas sus manifestaciones –artísticas, culturales, políticas, sociales–, con secuencias concretas que han ido conociendo con investigaciones solventes. El rápido crecimiento turístico y urbanístico en Baleares desde los años 1960 ha contribuido a desvanecer todo esto por un motivo crucial: las nuevas clases dirigentes no se han querido reflejar en los importantes signos positivos –de experiencias empresariales, de conquistas comerciales, de avances agrícolas e industriales– de los espejos anteriores, considerados solo –y únicamente– en su vertiente más negativa, igualmente patente, como símbolo de pobreza y de atraso.

La reivindicación mallorquina –el caso menorquín se aviene más con el sucedido en Cataluña– se ha centrado demasiado a menudo en factores de escasa potencialidad explicativa –el chovinismo, entre otros– y no en todo aquello que han hecho siempre industriosas las islas Baleares. Hay excepciones: Gori Mir, Josep Melià y Damià Pons han aportado páginas importantes sobre la historia cultural vinculada a las evoluciones políticas. Ha habido pocos intelectuales que hayan situado las nuevas iniciativas surgidas con el turismo de masas en su dimensión histórica, en sus coordenadas vivenciales como un “continuo” y no como una ruptura abrupta, puesto que ha calado a fondo la creencia que este gran salto hunde todo el anterior. Un pasado de míseros y

pobres, muertos de hambre y emigrantes, de campesinos ignorantes y uniformes, cedía al desarrollo terciario de la economía y las transformaciones sociales que comportó: la salida del atraso secular. Los encadenamientos son inexistentes. La larga trayectoria burguesa, edificada con decenios de trabajo, de esfuerzo, de inversión y también de intensa explotación, ha transitado en una etapa de la historia económica en la cual se han formado fortunas en tan poco tiempo que resulta difícil que la *clase en sí* se aproxime en la *clase para sí* del pasado. Que se module, en definitiva, la conciencia necesaria que se proviene de un pasado rico en éxitos y retrocesos, pero que consolida un presente no exento de esto mismo: retrocesos y éxitos.

3. Las islas industriales

El archipiélago de Baleares contiene las dos islas industriales del Mediterráneo. Desde 1860 y sobre unos fundamentos artesanales, tanto Mallorca como Menorca –esas dos islas– desarrollaron una infraestructura manufacturera con sendos perfiles: uno de carácter artesanal, organizado a partir de pequeños talleres, con tecnología limitada; y otro de impronta fabril, con centros productivos en los que la moderna mecanización estaba presente (MANERA *et alter*, 2002). Pero no se producía –esto es importante– el declive de la producción tradicional frente a la más avanzada, como también se ha revelado en otras regiones mediterráneas (SYLOS LABINI, 1979). Unos aspectos a destacar son los siguientes:

1. La evolución de la población activa en las islas, observable en el gráfico 1. El aumento del sector secundario es muy evidente desde fines del siglo XIX, y llega a superar los activos agrícolas en los años 1930. Es una prueba inequívoca de ese desempeño manufacturero. Los gráficos 2 y 3 ilustran la evolución de los índices de producción industrial de Baleares (IPIBAL), comparados con las dos regiones eminentemente industriales de España, Cataluña (área mediterránea) y el País Vasco (área cantábrica). Se aprecian trazos parecidos, que se separan a partir de la década de 1950, pero con signos de fortaleza manufacturera en las economías insulares, sobre todo entre 1910 y 1940.

2. Los protagonistas son tejidos, jabones, harinas, productos de metalurgia ligera, conservas vegetales y calzado, esencialmente. Actividades representantes de sectores no pautadores, es decir, no adscritos a los más emblemáticos de las revoluciones industriales que marcaron la senda del cambio técnico –algodón, siderurgia, electricidad, química avanzada, petróleo–.

Tipología y características básicas de la industria de Mallorca, 1850-1960

SECTORES INDUSTRIALES: NO PAUTADORES

1. Químico: jabones, superfosfatos, refinerías de petróleo;
2. Agroalimentario: sal, harinas, conservas, licores, productos vitícolas, aceite;
3. Metalúrgico: calderas de vapor, cascos de barco, objetos de hierro, motores agua, perlas artificiales, monederos;
4. Textil: algodón, lana, lino, seda, bordados;
5. Cuero y piel: calzado, objetos diversos de piel;
6. [Coches: marca propia: Loryc].

Importante: formación de distritos industriales: Menorca y el "Raiguer" en Mallorca: el calzado como sector clave

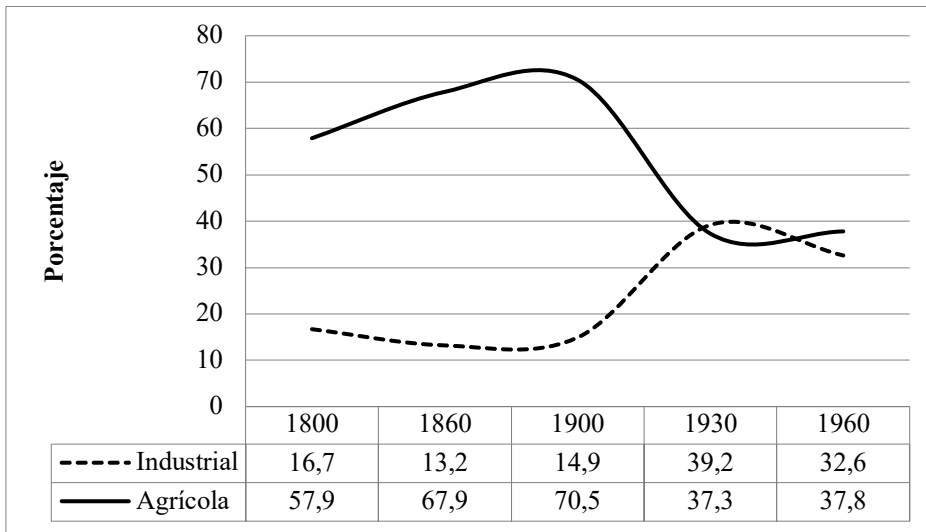
CARACTERÍSTICAS DE LA INDUSTRIA

1. Sectores intensivos en trabajo;
2. Inversión tecnológica limitada (pero no inexistente);
3. Orientada a la exportación y adaptativa a los mercados: importancia de las coyunturas bélicas;
4. Generadora de "nuevas" clases sociales en Baleares: la burguesía industrial y la clase obrera;
5. Utilización intensa de la fuerza laboral femenina (e infantil) en los procesos productivos;
6. Actividades sumergidas en sectores concretos;
7. Bajos salarios en un escenario de bajos precios;
8. Mercados: Cuba, Alemania, Inglaterra, Francia, mercado nacional.

FUENTE: elaboración personal a partir de Manera (2001) y Molina (2003).

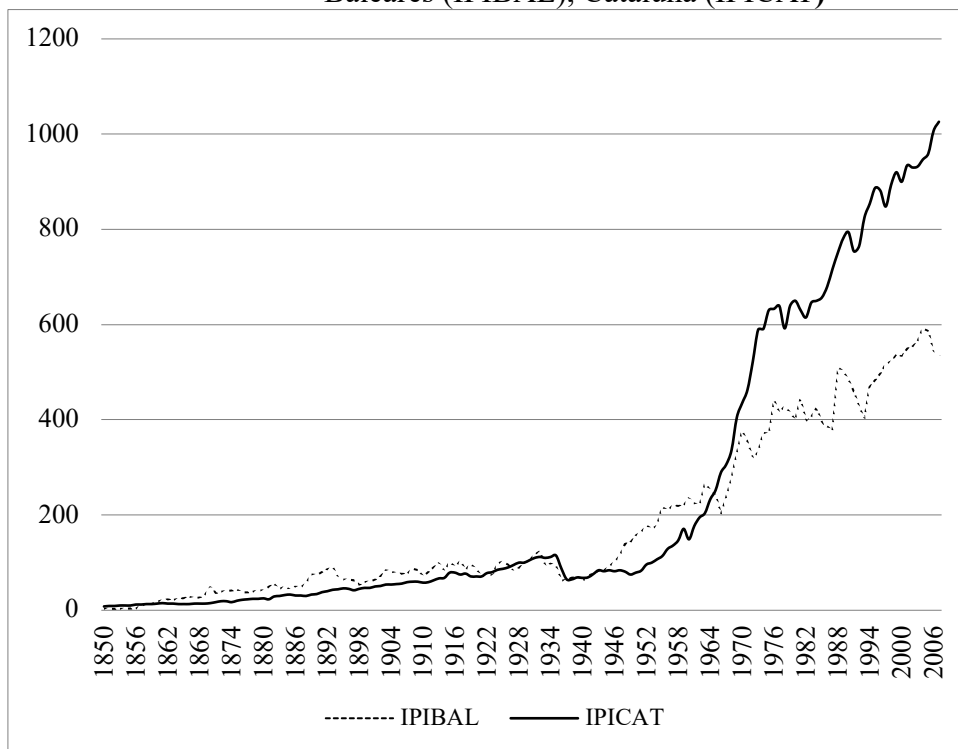
3. Los productos manufactureros significan más del 50% de las exportaciones de mercancías por los puertos insulares, medidas en términos de valor y en kilogramos (MANERA, 2001; ver los gráficos 4 y 5). Estos datos son indicadores importantes que remiten a la producción –no se trata de re-exportaciones– y que, en parte, han permitido construir el IPIBAL. Un peso económico clave, que reforzaba el grado de apertura de la economía del archipiélago hacia mercados de poder adquisitivo destacable –Alemania, Reino Unido, Francia, entre otros–, el área del Caribe –Cuba y Puerto Rico como destinos prioritarios– y demandas peninsulares –con Barcelona como cabecera esencial.

Gráfico 1. Evolución de las poblaciones activas en Baleares, 1800-1960



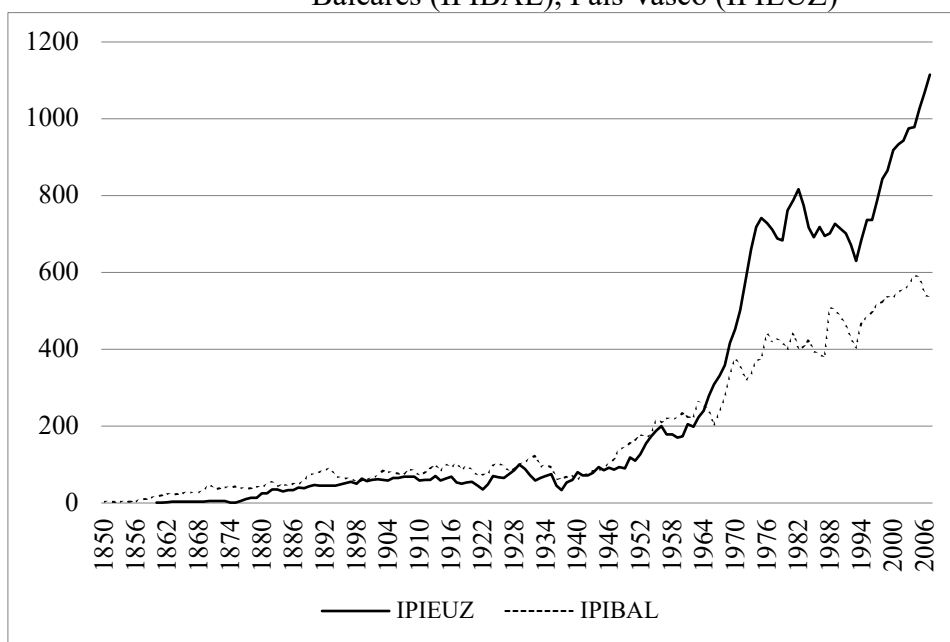
FUENTE: elaboración personal a partir de ALCAIDE (2003).

Gráfico 2. Índices regionales de producción industrial, 1850-2007
Baleares (IPIBAL), Cataluña (IPICAT)



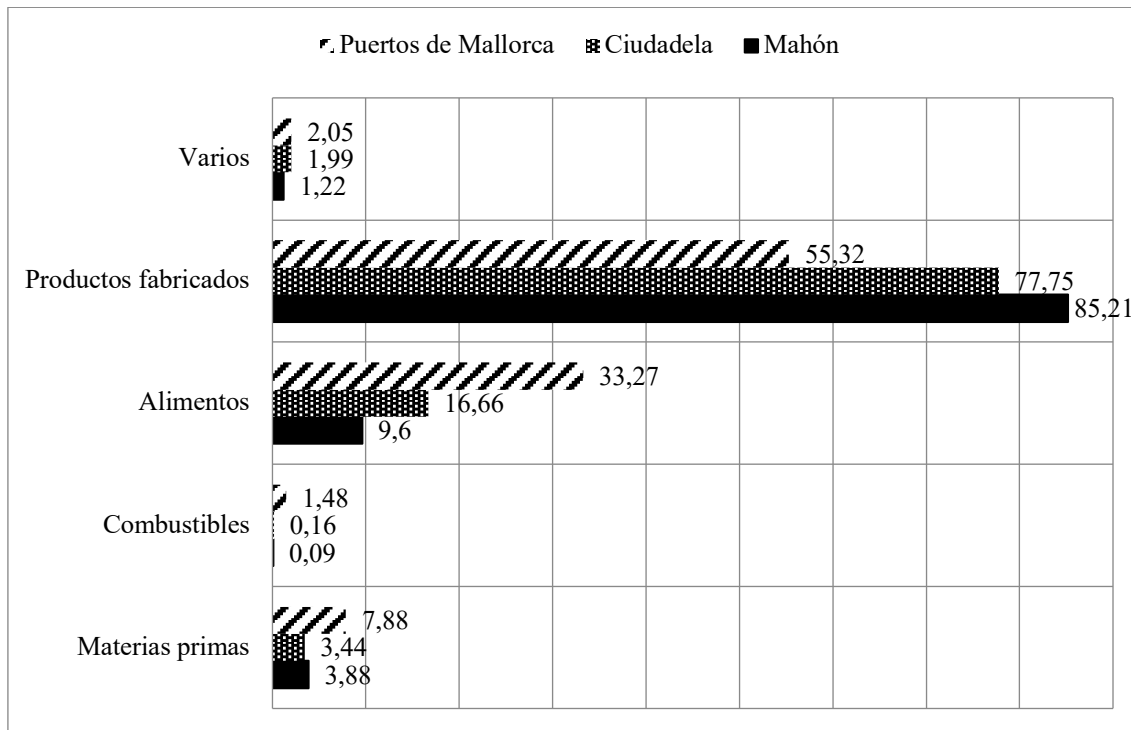
FUENTE: MANERA-PAREJO (2012).

Gráfico 3. Índices regionales de producción industrial, 1850-2007
Baleares (IPIBAL), País Vasco (IPIEUZ)



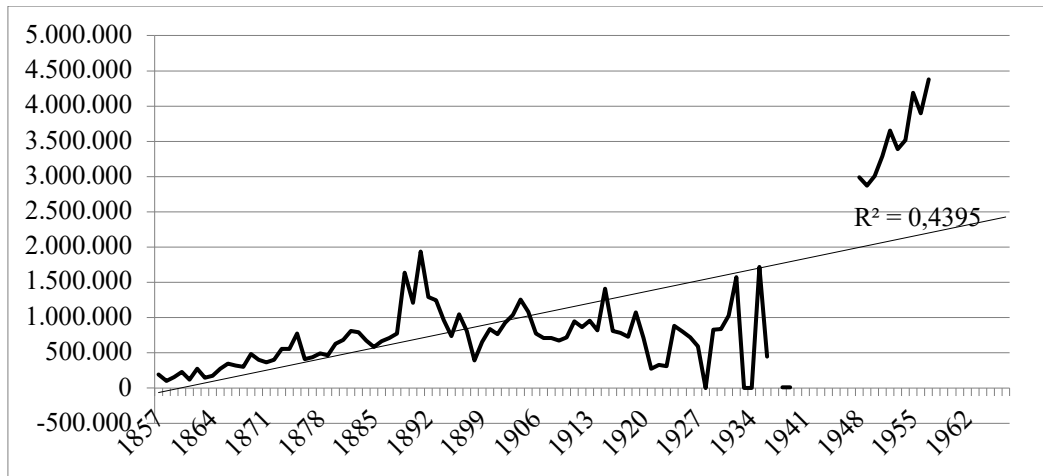
FUENTE: MANERA-PAREJO (2012).

Gráfico 4. Composición en grandes grupos de las exportaciones de Baleares en comercio de cabotaje, 1857-1920 (% s/valores totales)



FUENTE: elaboración personal a partir de las *Estadísticas del Comercio de Cabotaje*, Archivo del Ministerio de Hacienda.

Gráfico 5. Exportaciones de calzado por los puertos de Baleares (Palma, Mahón, Ciudadela), 1857-1967 (en kgrs.)



FUENTE: elaboración personal a partir de las *Estadísticas del Comercio de Cabotaje*, Archivo del Ministerio de Hacienda para 1857-1920; y *Memorias de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Palma de Mallorca* para 1920-1967.

Fases: 1857-1936, importancia de los mercados colonial, español y europeo. 1936-1939, expansión del sector. 1939-1950, crisis exportadora, importancia del mercado nacional. 1950-1990, recuperación, relevancia de los mercados europeos y estadounidense.

4. El papel destacado de las empresas pequeñas y medianas, en las que la intensidad de la fuerza de trabajo era clave (BECATTINI, 1987). Pero también en consorcios con inversiones en capitales fijos, que incrementaban la productividad en los sectores afectados. Esta dualidad industrial es observable en otras regiones mediterráneas, relacionada con la tipología de las actividades manufactureras, como el País Valenciano (MIRANDA, 2011).

Este modelo industrial balear, que abrazaría el período 1860-1960 (MANERA, 2001; MANERA *et alter*, 2002), se acopla parcialmente con otros modelos mediterráneos, en función de estas características:

- La flexibilidad laboral y organizativa. Los empresarios utilizan el factor productivo más abundante y barato, la fuerza de trabajo, con salarios y precios relativamente estables, que se tensionarán al alza a raíz de la Gran Guerra y tras protestas obreras (MOLINA, 2003). Ambos factores –precios y salarios tendentes a la estabilidad– facilitan la reproducción demográfica. Es un modelo neo-ricardiano de crecimiento, detectado de forma particular entre 1860 y 1930.
- La vital función de las mujeres para el desarrollo manufacturero. Los ingresos que genera la fuerza laboral femenina provienen tanto de su trabajo en talleres y fábricas, con salarios más bajos que los que tienen los hombres, como en

procesos productivos en el ámbito domiciliario (ESCARTÍN, 2001a, 2001b). Características proto-industriales se distinguen en este caso. En conjunto, la aportación de las mujeres y de sus hijos, que también realizan trabajos menores pero intensivos en la manufactura, complementan la renta familiar, un aspecto que se manifiesta igualmente en la *Terza Italia* (BAGNASCO, 1977). Esto, a su vez, recuerda lo que conocemos como revolución industrial (DE VRIES, 2009).

- El calzado es el sector más representativo de este modelo manufacturero. Prolonga su presencia más allá de la expansión del turismo de masas a partir de las décadas de 1960 y 1970 (MANERA *et alter*, 2002). Aquí, la flexibilidad y la deslocalización productiva en los domicilios constituye una fuente considerable de economía sumergida –entre el 30%-40% (MANERA-MOLINA-CASASNOVAS, 2011)–, perseguida por funcionarios del ministerio de Hacienda, impotentes para detectar irregularidades fiscales conocidas pero pocas veces demostrables. Se podía producir de manera dispersa, descentralizada, de forma opaca a los ojos de la administración. Es un fenómeno similar al que se genera en regiones italianas como Toscana y Emilia Romagna (BECATTINI, 1975; BRUSCO, 1982).
- La creación de externalidades positivas: formación de empresas proveedoras tanto de materias primas como de otros *inputs*, de forma que se constituyen actividades auxiliares de la industria principal. En estas empresas es igualmente clave el trabajo femenino, ya sea explícito o clandestino.
- En el calzado se localiza trabajo fabril, domiciliario, actividad en talleres, importancia de la población femenina, vinculación exterior de la producción, capacidad innovadora generando externalidades positivas –por ejemplo, la fabricación local de máquinas para repuntar: otra economía externa destacable–, junto a la elaboración de calzado con la tecnología avanzada de la *United Schoe Machinery* (USM) (NADAL, 1987; MIRANDA, 1998; MANERA *et alter*, 2002).

Estos elementos cuadran con otros estudios de caso en el área mediterránea, en zonas que no son insulares –de ahí la peculiaridad del modelo balear– (BECATTINI, 2002; CATALAN-MIRANDA-RAMON, 2011):

a) Se observa la creación de economías de aglomeración, con la formación de distritos industriales en Baleares. Esto constituye un signo que se aviene en parte con un

denominado modelo capitalista mediterráneo, que en su vertiente manufacturera tendría para Baleares el ejemplo ilustrativo en el calzado: bajos niveles de innovación y de productividad en general, sustentación sobre sectores tradicionales, significación de las relaciones personales y competencia a partir de bajos salarios. Pero debe señalarse que no existe una única pauta de crecimiento mediterránea, ya que está sujeta a trayectorias múltiples (BURRONI-PAVOLINI-REGINI, 2021). Pero sí podemos advertir concomitancias.

b) En Baleares, un distrito está en la isla de Menorca (con 700 kilómetros cuadrados y unos 42 mil habitantes en 1960), en la que diferentes poblaciones –encabezadas por Mahón y Ciudadela– lideran la producción y la exportación de calzado, con conexiones con otros enclaves también productores –como Alayor– y una robusta dedicación agropecuaria. En esa isla, al inicio del siglo XXI el calzado representaba el 33% de los trabajadores industriales (CASASNOVAS, 2006; MANERA-MOLINA-CASASNOVAS, 2011).

c) El otro distrito se localiza en la comarca del Raiguer, en la isla de Mallorca (entre el 10% y el 12% de la población insular, con una extensión de 354 kilómetros cuadrados, y unos 43 mil habitantes en 1960), con un microcosmos industrial y de diversificación económica en el que se ubican minas de carbón –lignito–, una importante producción vitícola –vinos y licores–, una infraestructura ferroviaria que articula este espacio con la ciudad de Palma –buscando la exportación a través de su puerto (MOLINA-MOREY, 2006)– y, de manera preminente, la fabricación de calzado (MANERA *et alter*, 2002). En 1981, el porcentaje de empleos industriales en este distrito era del 63%, que descendió al 47% en 1991. En cualquier caso cifras muy elevadas en comparación con el mercado de trabajo en Mallorca (fuente: Censo de Población de 1981; y Departamento de Economía de la Confederación de Asociaciones Empresariales de Baleares).

d) Las características mediterráneas se enriquecen en el caso balear con otros ingredientes, a parte de los ya expuestos. Están presentes aquí, recordémoslo: flexibilidad empresarial y en el mercado de trabajo, determinación comercial, tendencia clara a sumergir parte de la producción para reducir costes laborales unitarios. Pero también mayores valores añadidos en lo que se fabrica –calidad en el producto final e inicio de diseños propios–. Una vinculación estrecha entre las áreas rurales y urbanas – con combinaciones entre la actividad agrícola y manufacturera, apreciable en Italia con el concepto de *campagna urbanizzata* (BECATTINI, 1975; CORNER, 1993)–.

e) La importancia del trabajo femenino, crucial en fases determinadas del proceso productivo, sobre todo en el ámbito domiciliario, junto a un comportamiento demográfico distintivo: mayor precocidad matrimonial, crecimiento poblacional y capacidad de arrastre de flujos interiores. Los distritos formados atraen fuerza laboral, estable y ocasional. Y reclaman mano de obra femenina como factor determinante para la reducción de costes.

Ahora bien, una característica importante de la economía *districtual*, sobre todo en la acepción y teoría de Giacomo Becattini (BECATTINI, 1987), no concuerda en los distritos baleares. Se trata de la colaboración conjunta entre empresarios, trabajadores y administración –Becattini enfatiza la institucionalización de la negociación colectiva en el distrito (BECATTINI, 2005)– al menos hasta la posibilidad de acceder a fondos europeos estructurales, en la década de 1990.

En el caso balear se ha observado la existencia de un conocimiento no codificado –la importancia de la experiencia acumulada–, la presencia de proveedores y la existencia de un mercado de trabajo especializado, junto a cooperaciones interempresariales, en particular para la obtención de materias primas. Entonces, se percibe esa “atmósfera industrial” que señaló en su momento Alfred Marshall (MARSHALL, 1963). Pero, por otra parte, no se percata el avance de una maduración política que establecía, tal y como se ve en los ejemplos regionales italianos, sinergias entre empresarios, sindicatos y administraciones, con el objetivo compartido de mantener la pulsión industrial. Ahora bien, en el calzado de Baleares se ratifica un factor netamente *becattiniano* y nada *marshalliano*: la flexibilidad organizativa y laboral, en la que la presencia femenina, como se ha dicho, resultó sustancial. Esto se ha definido como distrito *neo-marshalliano* o italiano (JONES-ZEITLIN, 2008). Aquí podemos señalar que existe, junto a los otros elementos descritos, un claro encaje de Baleares en una de las trayectorias de un capitalismo mediterráneo con vías diferentes, pero que confluyen en algunos puntos en común que se han expuesto.

4. Conclusión

A menudo, los economistas definen los fenómenos que analizan como relativamente nuevos cuando, en rigor, se pueden detectar en los análisis de la historia económica. Así, la economía se ha sorprendido por la pretendida “novedad” de procesos de enorme actualidad, como por ejemplo la preocupación por la reducción de los costes de transacción, la creación de redes económicas para lograr mejores cuotas de

competitividad, el análisis de los nuevos escenarios de rupturas industriales, los problemas inherentes a las caídas de la productividad; o, con dimensiones más extensas, las reflexiones en torno a la globalización o de la llamada “nueva economía”, temas que el historiador económico explica con naturalidad en sus clases o puede aportar en el marco de sus investigaciones.

En el caso del modelo balear de crecimiento sucede algo similar. La visión rupturista de la evolución económica del archipiélago, sustentada sobre el fuerte desarrollo turístico a raíz de los años 1960, ha silenciado la gran riqueza de todo tipo — económica, pero también experimental y cultural— que se generó en épocas precedentes y que, a mi parecer, explica de forma más cuidadosa el desempeño económico mallorquín, en un primer momento, y menorquín, con posterioridad, con la adscripción activa a la economía terciaria. Esta deliberada ignorancia del pasado económico, entendido como un conjunto de signos folclóricos de escasa entidad, en que solo se reivindicaban contenidos de cariz antropológico o étnico, ha ninguneado el conocimiento de situaciones que ahora se pueden entender como insólitas, pero que ya se produjeron en etapas anteriores, según revela la historia económica.

En este sentido, hay que partir de un punto seminal: el crecimiento económico no se improvisa, no proviene de la nada, no descansa solo sobre pionerismos más o menos relucientes. Bien al contrario, el adelanto de una economía se fundamenta sobre iniciativas de todo tipo que se acumulan en el tiempo, que disfrutaban del concurso de diferentes agentes económicos y que se retroalimentan con un conocimiento cultural compartido. La enseñanza, si es que modestamente se puede hablar así, del crecimiento económico balear es esta: en unas amplias coordenadas cronológicas en que las revoluciones industriales dirigían el mundo, fue posible crecer y establecer unas bases sólidas para un desarrollo futuro y más intenso —el derivado del turismo de masas— a partir de actividades manufactureras y de una agricultura que, de manera gradual, experimentó transformaciones significativas tanto en la estructura de la propiedad como en cuanto a la de los cultivos.

En ambos casos, el nexo común deriva de la conexión efectiva con el mercado, de la auscultación constante de la demanda, hecho que posibilita una mayor integración de la fuerza de trabajo y su utilización intensiva en largos periodos de tiempo. Cuando hoy en día se advierte de los problemas que tiene el modelo de crecimiento terciario en las Islas, se apunta que un punto débil —y una amenaza— puede ser seguir creciendo en extensión y no en intensidad; se trata de la digamos perversión del que entendemos

siempre por crecimiento como un concepto solo expansivo, en que el desarrollo desaparece. El fenómeno —una vez más— no es desconocido para la historia económica. Y, en este sentido, el conocimiento del pasado ha permitido divisar cómo resolvieron los distintos agentes económicos las trabas y las resistencias en las diferentes etapas del modelo histórico de crecimiento. La circulación intersectorial y, finalmente, la vinculación al sector más rentable y productivo —el turístico, con todas sus derivaciones— fueron la respuesta dada. A estas alturas, el reto es trabajar sobre este mismo espectro amplio de los servicios, que hay que diversificar y ubicar nuevamente. Probablemente este es el gran envite para todas aquellas personas que nos dedicamos en el mundo de la economía en las Islas Baleares, por un motivo claro: no es razonable seguir intensificando, a tenor de las contradicciones sociales, los problemas presupuestarios y las externalidades ambientales, la misma pauta de crecimiento, que deriva hacia más consumo territorial y de recursos naturales, más inmigración, más demanda energética y, en definitiva, el gran corolario que nutre tensiones: el incremento de la población.

Las dificultades añadidas a este modelo no se pueden superar con las recetas del pasado. Pero desde la revisión cuidadosa de este pasado más próximo, los economistas podemos hablar con rigor y hacer una diagnosis preventiva con profundos argumentos, reflexiones sosegadas y datos tangibles: la alternativa más clara, la que patentiza los costes de oportunidad más bajos, se centra en la calificación del crecimiento y en la competitividad sobre un planteamiento que habla más de calidad que de cantidad. Los precios —como sí que sucedió en otras fases del crecimiento— no serán ahora el vector clave, por la posición no periférica de las Baleares en el mundo del turismo. Antes trabajábamos, como se ha dicho, en agriculturas mediterráneas que se iban transformando lentamente y en industrias no determinantes de pautas tecnológicas. Pero ahora los isleños podemos ser de los que marcan el signo del turismo de futuro, atendida nuestra experiencia. Se entra, así, en un nuevo escenario en que el conocimiento del pasado, de la historia económica entendida ahora como un instrumento de reflexión política y económica, tiene que servir cuando menos para saber lo que no se tiene que hacer.

Referencias bibliográficas

- ALCAIDE, J. (2003), *Evolución económica de las regiones y provincias españolas en el siglo XX*, Fundación BBVA, Bilbao.
- BAGNASCO, A. (1977), *Tre Italie. La problematica territoriale dello sviluppo italiano*, Il Mulino, Bologna.
- BECATTINI, G. (1975), *Lo sviluppo economico nella Toscana*, IRPET, Firenze.
- BECATTINI, G. (1987), *Mercato e forze locali: il distretto industriale*, Il Mulino, Bologna.
- BECATTINI, G. (2005), *La oruga y la mariposa. Un caso ejemplar de desarrollo en la Italia de los distritos industriales: Prato (1954-1993)*, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- BRUSCO, S. (1982), "The Emilian Model: Productive Decentralisation and Social Integration", *Cambridge Journal of Economics*, 6.
- BURRONI, L.-PAVOLINI, E.-REGINI, M. (2021), *Mediterranean Capitalism Revisited. One Model, Different Trajectories*, Cornell University Press, Ithaca-London.
- CASASNOVAS, M. A. (2006), *Història econòmica de Menorca. La transformació d'una economia insular (1300-2000)*, Moll, Palma.
- CATALAN, J.-MIRANDA, J. A.-RAMON, R. (Edits.), *Distritos y clústers en la Europa del Sur*, Lid, Madrid.
- CORNER, P. (1993), *Contadini e industrializzazione. Società rurale e impresa in Italia dal 1840 al 1940*, Laterza, Bari.
- DE VRIES, J. (2009), *La revolución industrial*, Crítica, Barcelona.
- ESCARTÍN, J. M. (2001a), *La ciutat amuntegada. Indústria del calçat, desenvolupament urbà i condicions de vida a la Palma contemporània*, Documenta Balear, Palma.
- ESCARTÍN, J. M. (2001b), *El quefer ocult. El mercat de treball de la dona en la Mallorca contemporània (1870-1940)*, Documenta Balear, Palma.
- JONES, G.-ZEITLIN, J. (Edits.), *The Oxford Handbook of Business History*, Oxford University Press, Oxford.
- MANERA, C. (2001), *Història del creixement econòmic a Mallorca, 100-2000*, Lleonard Muntaner Editor, Palma.
- MANERA, C. et al (2002), *Las islas del calzado. Historia económica del sector en Baleares (1200-2000)*, Lleonard Muntaner Editor, Palma.
- MANERA, C.-MOLINA, R.-CASASNOVAS, M. A. (2011), "La atmósfera industrial del calzado en Baleares", en J. CATALAN-J. A. MIRANDA-R. RAMON (Edits.), *Distritos y clústers en la Europa del Sur*, Lid, Madrid.
- MANERA, C.-PAREJO, A. (2012), "El Índice de Producción Industrial de las Islas Baleares, 1850-2007", *Revista de Historia Industrial*, núm. 50.
- MARSHALL, A. (1963), *Principios de Economía*, Aguilar, Madrid.
- MIRANDA, J. A. (1998), *La industria del calzado en España (1860-1959). La formación de una industria moderna y los efectos del intervencionismo estatal*, Generalitat Valenciana-Instituto Juan Gil-Albert, Alicante.
- MIRANDA, J. A. (2011), "La competitividad internacional de los distritos industriales valencianos; un análisis desde la historia económica", en J. CATALAN-J. A. MIRANDA-R. RAMON (Edits.), *Distritos y clústers en la Europa del Sur*, Lid, Madrid.
- MOLINA, R. (2003), *Treball intensiu, treballadors polivalents: treball, salaris i cost de la vida, Mallorca 1860-1936*, Govern de les Illes Balears, Palma.
- NADAL, J. (1994), "La transición del zapato manual al zapato mecánico en España", en J. NADAL-J. CATALAN (Edits.), *La cara oculta de la industrialización española*, Alianza, Madrid.
- SYLOS LABINI, P. (1979), *Assaig sobre les classes socials*, Edicions 62, Barcelona.